

HACIA UN DESLINDE DE LA LITERATURA: ALFONSO REYES ANTE LA CRÍTICA FILOSÓFICA

Aurelia Valero Pie

“Juntas dos cosas que no se habían juntado antes. Y el mundo cambia. La gente quizá no lo advierta en el momento, pero no importa. El mundo ha cambiado, no obstante”, escribió Julian Barnes en las líneas de apertura de *Niveles de vida*. Páginas más adelante añade el autor: “Juntas dos personas que no se habían juntado antes. A veces es como uncir un globo de hidrógeno a una bola de fuego: ¿prefieres estrellarte y arder en llamas, o arder en llamas y luego estrellarte? Pero a veces funciona, y surge algo nuevo, y el mundo ha cambiado” (2014: 3 y 67, la traducción es mía). Un encuentro semejante, capaz de abrir senderos e inaugurar lo inédito, ocurrió cuando a finales de los años 30 historia, contingencia y afinidades hicieron coincidir en México a Alfonso Reyes y a José Gaos, al terminar el uno e iniciar el otro sus respectivos exilios. Los hitos de esa amistad son de sobra conocidos, en gran parte debido a los testimonios que el filósofo fue dejando en su camino, pero también merced a los registros que el escritor consignó en sus *Diarios*, publicados en años recientes. Sin embargo, en contraste con la amplia difusión que han merecido esas informaciones, quizás menos familiar resulte el estímulo concreto que supusieron el uno para el otro, al complementar saberes y alentar ambiciosas empresas en el plano intelectual. Así, mientras que Gaos —quien en privado aspiraba a sentar nada menos que las bases científicas de la crítica literaria¹— encontró en Reyes un modelo de sensibilidad

¹ Véase, en ese sentido, Archivo José Gaos, Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM (en lo sucesivo AJG), fondo 4, carpeta 4, f. 61926, con fecha del 5 de diciembre de 1958: “La aspiración suma de mis gustos sería sentar la ciencia de la crítica filosófica y literaria, aunque la conclusión fuese lo subjetivo, momentáneo, impresionista, lo individual,

y a un interlocutor excepcional, este se apoyó en su amigo transterrado para encaminar sus intuiciones teóricas por los rumbos de la filosofía.

A juzgar por el número y el alcance de las iniciativas originadas de ese diálogo en común, pocos casos ilustran mejor el potencial beneficio de los cruces entre filosofía y literatura. No obstante, de tomar en cuenta los desiguales destinos que recibió una parte significativa de esas tentativas, igualmente escasos ejemplos muestran con mayor nitidez las tensiones y dificultades de un proyecto de hibridación, en particular cuando este al parecer desborda a sus protagonistas o se afina en un terreno poco propicio. De esas complejidades da cuenta *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*, publicado en 1944. Con ese título Reyes dio a conocer un estudio de gran aliento y proporciones, en el que a detalle y con sistema buscó establecer los límites precisos del fenómeno literario. Tanto la diferencia en estilo como la novedad del planteamiento —una de las primeras teorías literarias en el mundo de habla hispana, además de pionera en el empleo de un instrumental de explícita inspiración husserliana— provocaron una profunda extrañeza entre los contemporáneos del autor, quienes prefirieron colocarla en los márgenes de la obra alfonsina. Tan amplio desconcierto ha causado desde entonces que incluso en fechas recientes un crítico lo designó como un “libro maldito”, haciendo descansar su devastador análisis en las siguientes preguntas:

¿Fue *El deslinde* el *Bouvard y Pécuchet*, de Reyes, libro que tantos escritores están condenados a escribir, involuntariamente, pues sólo Flaubert pudo hacerlo adrede? ¿Otra demostración de la incapacidad del idioma español para la tratadística? ¿El resultado de la pobreza en educación universitaria que los malévolos filósofos mexicanos de la época, los hiperiones [...] achacaron a Reyes y a Vasconcelos? (Domínguez 2019).

Con el propósito de valorar *El deslinde* en la trayectoria de Reyes y en el marco de su propia época, con sus posibilidades y limitaciones concretas, en la primera parte de este ensayo esbozaré el contexto en que ese proyecto se delineó. De la mano de José Gaos, el paulatino encauzamiento de la obra por

de tal crítica, de lo individual de autores y obras. Entre Taine y Dilthey, los antecedentes por excelencia para mí de mi vocación —quizá frustrada ya—”.

los caminos de la fenomenología será, asimismo, un elemento de particular atención. Un repaso por el recibimiento que el libro mereció en su momento, sobre todo a partir del “symposion” al que convocó la revista *Filosofía y Letras*, será objeto de un segundo momento en la reflexión. En este se hará evidente que *El deslinde*, oscilante entre un impulso universalista, esto es, abarcador de las más amplias regiones del saber, y otro impulso contrario, tendente a la especialización disciplinaria, dejó perplejos a los zorros y a los erizos de su tiempo (Berlin 2016). Amedrentado por la crítica y sin mayor aliciente para seguir adelante, Reyes abandonó la idea de alumbrar una teoría literaria análoga en importancia y dimensión a las que existían ya en otras lenguas y espacios geográficos. Con ello se dejó pasar, al menos durante un largo tiempo, la posibilidad de cimentar en sus propuestas una tradición de ciencia literaria en perspectiva hispanoamericana.

I. EN BUSCA DEL ENTE LITERARIO

Al indagar los antecedentes y el desarrollo de un proyecto, con frecuencia resulta tentador mirar hacia atrás hasta encontrar en los autores una coherencia inusitada, como si el objeto a la sazón de interés representara la suma exacta del trabajo previo. Reconocido como una referencia capital en materia de teoría literaria, ora se le estime como una aportación decisiva, ora como un estrepitoso fracaso, *El deslinde* también se ha examinado desde un enfoque genealógico y no faltó quien haya hecho remontar sus orígenes hasta *Cuestiones estéticas* (1911), primer libro de Reyes. Para hablar con justicia, en numerosos escritos él mismo fue entrelazando los hilos de su trayectoria, como al señalar *La crítica en la edad ateniense* (1941) y *La antigua retórica* (1942) como preámbulos de su magno tratado teórico (Reyes 2000: 161). No obstante, si un íncipit hubiera, este probablemente se situaría hacia 1939, cuando el Colegio de San Nicolás de Hidalgo, con ocasión de su IV Centenario, lo invitó a impartir un curso titulado “La ciencia de la literatura” (Enríquez 2014: 562-563). La serie de conferencias, impartida al año siguiente en Morelia, lo obligó a esclarecer y a prestar unidad a sus ideas, por lo que constituye, según Alfonso Rangel Guerra, “el punto de partida de los trabajos sistemáticos de Alfonso Reyes” (1989: 27).

A ese fin se abocó durante veintiocho largos meses y con tan buenos resultados que para 1942 estuvo ya en condiciones de participar la buena nueva. Ante las exhortaciones de Pedro Henríquez Ureña, quien insistía en la necesidad de sustituir ensayos por tratados, so pena de no dejar obra alguna por herencia, Reyes replicó anunciando la inminente culminación de un estudio de esa naturaleza (Reyes 2012, 3 de abril de 1937). “Preparo algo que considero fundamental en mi labor —le comunicó por carta del 12 de septiembre—. Hace mucho me aconsejaste volver a México y concentrarme definitivamente en mi vocación. El destino cumplió la fuerza moral que me faltaba. No quiero ya más vida que mi trabajo” (citado en Rangel 1989: 82). La fortuna había determinado, en efecto, que desde hacía algún tiempo el gobierno cardenista lo hubiera convocado para presidir La Casa de España, institución creada en 1938 con el propósito de acoger a intelectuales republicanos desplazados por la Guerra Civil. Con ese encargo y su puntual desempeño, no solo el prolongado exilio de Reyes llegó a su término, sino que encontró la estabilidad y los medios necesarios para dedicarse a sus más ambiciosos proyectos de escritura.

A ofrecer condiciones materiales más propicias contribuyó igualmente la Fundación Rockefeller, cuyas autoridades buscaban fomentar por ese entonces el desarrollo en otras latitudes de una “educación liberal”². El Colegio de México, sucesor inmediato de La Casa de España, parecía el candidato idóneo para concretar esos ideales, en la medida en que, además de una vocación humanista, contaba con especialistas de primera línea para desempeñar la investigación y la docencia, dirigida a pequeños grupos de estudiantes. Considerado como “uno de los hombres más cultos de México, reconocido a lo largo y ancho de la República por su trabajo académico y poético”, Reyes representaba, a ojos de la Fundación, más que una promesa, una garantía

² Entendida no como una forma de individualismo ni en las coordenadas ideológicas asociadas con el libre mercado, ese tipo de educación respondía a los planteamientos pedagógicos de John Dewey, para quien la formación debía atender las distintas facetas de lo humano, evitando una especialización temprana y fomentando el desarrollo moral de los educandos. En el contexto de la Segunda Guerra Mundial se consideraba que una perspectiva semejante, respetuosa de las culturas y atenta a los distintos modos de comprensión, contribuiría en un futuro a la resolución pacífica de los conflictos.

del éxito y potencial beneficio que acarrearía la empresa³. Por ello, junto con sustantivos fondos para El Colegio, él mismo recibió una beca con el objetivo de llevar a buen puerto un libro que, según el autor, serviría de bálsamo reparador y como punta de lanza a la cultura.

[A]unque no descanso y ya lo está resintiendo visiblemente mi salud —explicó por carta a William Berrien, asesor de la Fundación Rockefeller en sus relaciones con América Latina—, tengo por ahí atascados trabajos que considero como síntesis de mi experiencia en el orden de la teoría literaria y que, al entrar en el valor de la “función directiva del lenguaje”, trascienden a las enfermedades sociales que hoy padece el mundo. No quisiera acabar con mis fuerzas sin dar cima a estas labores, que directamente corresponden a los fines del Colegio⁴.

Gracias a la confluencia de apoyos e intereses, sin dar por descontado, desde luego, una capacidad de reflexión, conocimiento y disciplina ejemplares, Reyes se entregó a la tarea de identificar la esencia de la literatura, en su pureza histórica y formal, por oposición a otras creaciones del espíritu. A ello responde que emprendiera un ejercicio de diferenciación frente a otras ramas del saber teórico, se tratara de la historia, las matemáticas, la teología o la llamada “ciencia de lo real” —lo que hoy solemos designar como “ciencias sociales”—. Una a una fue pasando revista a las posibles coincidencias, como el arraigo en la imaginación o el carácter abstracto de las ideaciones, si bien únicamente para establecer enseguida el correspondiente deslinde entre las respectivas disciplinas. Por efecto del contraste, lo propio de la literatura emergía hacia la luz y se verificaba el primer paso en dirección de una teoría literaria, cuya naturaleza y rasgos específicos se precisarían, según anunció el autor, en volúmenes posteriores.

Con ese acto de definición disciplinaria, Reyes se colocó en la estela de aquel paulatino proceso de especialización, por el que cada campo del

³ Entrevista a Irving A. Leonard, asesor de la Fundación Rockefeller en el área de Humanidades, con fecha del 13 de febrero de 1940. Rockefeller Archive Center (en lo sucesivo RAC), grupo 1.1, 1.2, serie 323, caja 22, expediente 177.

⁴ Carta de Alfonso Reyes a William Berrien, fechada el 30 de julio de 1942. RAC, grupo 1.1, 1.2, serie 323, caja 22, expediente 178.

conocimiento intentaba poco a poco distinguirse del resto⁵. Menos a tono con las tendencias de la época fue, en cambio, el marco y el instrumental elegidos para encauzar la literatura por el camino hacia la autonomía. La teoría literaria, asentó el autor en el preámbulo metodológico,

es un estudio filosófico y, propiamente, fenomenológico. [...] La teoría es la contemplación más desinteresada frente a la postura activa en su totalidad, entendida esta como rumbo mental, como sesgo noético y contenido noemático, como agencia del espíritu. Considera las principales formas de ataque de la mente sobre sus entes u objetos propuestos [...]. Y todo ello, en puro concepto de descripción, de visión (“teoría”), que no debe derivar normas ni proponer cortapisas sobre las evoluciones posibles o aun las súbitas mutaciones futuras (Reyes 1944: 17).

Y más adelante añadía:

Si ahora prescindo, hasta donde es posible, de épocas, países, géneros concretos, y procuro abstraer de todas las obras una cierta esencia común al fenómeno literario, este será el concepto de la literatura a que aquí quiero referirme. [...] Insistamos en el distinguo: no negamos historicidad a la literatura, pero creemos que ella admite una abstracción fenomenológica que ni es de origen específicamente psicológico ni tampoco de orden preceptivo. Esta abstracción es la teoría literaria (1944: 25-26).

⁵ En las lecciones impartidas en la Universidad de Madrid en 1929 José Ortega y Gasset, agudo observador de su tiempo, definía el rasgo más sobresaliente del nuevo siglo como una búsqueda de autonomía. En ningún ámbito se reflejaba este hecho tan claramente como en las ciencias: si durante el transcurso de la centuria anterior cada una había buscado su fundamento de manera extrínseca —las matemáticas en la geometría, la física en la metafísica, la filosofía en las ciencias naturales, por mencionar algunos ejemplos—, el siglo xx había sido el escenario de un ensayo generalizado por formular y elaborar las leyes propias de cada disciplina. En ese espíritu Ortega preguntaba a su auditorio: “¿no hay en la nueva actitud de las ciencias que prefieren recluírse cada cual en su recinto y órbita como el indicio de una nueva sensibilidad humana que ensaya resolver la vida por un método inverso, aceptando cada ser y cada oficio su propio destino, hincándose en él y, en lugar de extravasarse ilusoriamente, llenar bien, sólidamente, hasta los bordes su auténtico e intransferible perfil?” (1999: 71-72).

Tal como documentó en su momento Rangel Guerra, en la elección de ese enfoque intervino José Gaos, quien semana con semana atravesaba las pocas calles que separaban sus respectivos domicilios para pasar en compañía de don Alfonso algunas horas vespertinas. Sus veladas en común —recordaba el filósofo años más tarde— trascurrían tranquilamente, absortos entre lecturas “que él me hace de escritos suyos” y “una parte de conversación en que yo intervengo, salvo excepciones poco frecuentes, como los pequeños interlocutores de Sócrates en los diálogos de Platón, simplemente dándole al maestro puntos, ya de respiro, ya de apoyo, para que continúe, sea insistiendo en el tema, sea pasando a otro”⁶. Pese a no dar pie a la suspicacia, sería un error tomar a la letra esas palabras, formuladas desde la modestia y el afecto. A juzgar por los *Diarios* de Reyes, la reciprocidad constituyó el sello distintivo de esos encuentros semanales, escenario cada uno de un auténtico intercambio. Basta lanzar una somera mirada a aquellas páginas para apreciar el mutuo estímulo e impronta, al grado de leerse, en palabras del diarista, que había “pocas cosas mejores en este momento de mi vida que los diálogos con Gaos” (Reyes 2018: 200, 7 de octubre de 1940). Aunque a la manera de relámpagos, algunos registros permiten entrever, asimismo, la tónica y ciertos pormenores de las discusiones en torno a la obra en marcha; sirvan los siguientes como botones de muestra: “domingo 6 de abril, 1941. Visita de Gaos. Nuevas ideas para el capítulo final del *Deslinde*” (Reyes 2018: 247); “lunes 12 de mayo, 1941. [...] De noche: Gaos oyó otro capítulo de mi *Deslinde*. Vemos que hay que corregir el ángulo de visión” (2018: 254); “domingo 24 de agosto, 1941. [...] hablamos de fenomenología y de Descartes-Gracián” (2018: 284)⁷. La perspectiva teórica de su magno tratado literario se iba de este modo perfilando y afianzando.

⁶ AJG, fondo 2, carpeta 47, f. 3759; Valero (2015: 62-64).

⁷ Como prueba suplementaria de que en el cambio de enfoque intervino José Gaos, Alfonso Rangel Guerra menciona un primer *aperçu* de *El deslinde*, publicado en enero de 1941 en la revista *Filosofía y Letras* y en el cual no aparece todavía vocabulario alguno de extracción fenomenológica (1989: 72).

2. LOS RETOS DE LA CRÍTICA

Apenas resulta aventurado afirmar que la publicación de *El deslinde* representó un auténtico acontecimiento cultural. Así lo sugiere la abundante correspondencia del autor, al igual que el número, la calidad y el tenor de las reseñas, si bien en muchas de ellas se advierte que sobre la admiración se impuso el desconcierto. Motivos de perplejidad había de sobra, empezando por la novedad que encerraba el proyecto. A este respecto no está de más recordar que, allende algunos estudios anteriores, como aquellos que elaboraron Roberto Agramonte en Cuba, Fidelino de Figueiredo en Brasil o Raimundo Lida en Argentina, *El deslinde* constituía un trabajo pionero en Iberoamérica, en virtud de su amplitud de miras, profundidad analítica y diseño arquitectónico. La trayectoria intelectual de Reyes tampoco ofrecía suficientes referencias previas. Pese a que *La crítica en la edad ateniense*, *La antigua retórica* y *La experiencia literaria* abordaban ya algunas temáticas afines, en realidad poco anunciaba la llegada de una obra sistemática, cuya elegante prosa no alcanzó a contrarrestar la aridez teórica ni la dureza de su vocabulario técnico. ¿Cómo conciliar la reconocida imagen de Reyes el ensayista, Reyes el poeta, Reyes el maestro de las letras hispanoamericanas, con el autor de ese oscuro e intrincado libro?

A aportar posibles respuestas se abocó el “symposion” que con ocasión de ese estreno en librerías organizó *Filosofía y Letras*, órgano de difusión de la facultad homónima. Con acierto, los editores justificaron la iniciativa, aduciendo que “la excepcionalidad de esta obra en nuestra literatura —y en cualquier otra— y la autoridad eminente de que goza su autor en este campo, pueden promover en los distintos especialistas una conciencia reflexiva sobre los problemas formales de la expresión literaria” (García Máynez y Nicol 1944: 119). La idea consistía en que los participantes, practicantes de diversas disciplinas, plasmaran sus observaciones por escrito y entablaran de este modo un diálogo en común. Tal como puede leerse en las páginas de la revista, al convivio intelectual se invitó a un teólogo, un historiador, un filósofo de la ciencia, un sociólogo y un fenomenólogo, en correspondencia exacta con los campos del saber que comprendía la obra: Gabriel Méndez Plancarte, Edmundo O’Gorman, Juan David García Bacca, José Medina

Echavarría y José Gaos⁸. Solo los dos últimos fallaron al momento de concretar su intervención, mientras que el resto de los comentarios se publicó en una sección especial a finales de 1944 e inicios del año siguiente.

Juan David García Bacca fue el primero en enunciar sus juicios y objeciones. Si bien no escatimó elogios, tampoco disimuló sus críticas, algunas muy severas. La principal radicaba en el empleo del afilado utillaje fenomenológico para clavar el diente a lo que tal vez fuera un “bocado demasiado fino”, es decir, la literatura. “¿No habría que discutir —inquiría— [...] si un método filosófico y fenomenológico por agravante, hechos para habérselas con el ser, esencias ideales o reales, [...] podrá dejar entre sus mallas pez literario que valga la pena [...]?”. La incompatibilidad entre ambas disciplinas aparecía en que, mientras la filosofía resultaba impermeable a la alusión y a las metáforas, la literatura no remitía a entes reales, conceptos o valores de verdad. De ahí que forzar el contacto derivara en una filosofía carente de rigor y en una literatura sin poesía. Efectuar un auténtico deslinde dependía, por el contrario, de la habilidad para esquivar otros campos del saber, puesto que, afirmó, “estoy [...] convencido que para hablar de esa superficie poética del universo total —entitativo, moral, religioso, físico...—, no sirve el lenguaje filosófico ni la descripción fenomenológica, sino el lenguaje propiamente literario, la metáfora sistemática o eso que llaman alegoría” (1944: 121-132)⁹. Solo así la literatura estaría en condiciones de conquistar su autonomía.

Mucho más a tono con el ánimo celebratorio fue el artículo de Gabriel Méndez Plancarte, teólogo y presbítero mexicano reconocido por su amplia cultura, así como por su cargo a la cabeza de la revista *Abside*, órgano del Seminario Conciliar de México. Una amistad de largos años lo unía con

⁸ Sobre la invitación a José Medina Echavarría, a quien no suele incluirse entre los convidados al simposio, véase su carta a Eduardo Nicol, fechada el 8 de septiembre de 1944, en Archivo Histórico de la UNAM (en lo sucesivo AHUNAM), fondo Eduardo Nicol, caja 23, expediente 155, f. 14274.

⁹ Poco tiempo después García Bacca emprendió el procedimiento inverso, es decir, una exploración de la filosofía mediante el empleo del lenguaje literario. En esa obra protestó contra la “desvergüencería” y el “exhibicionismo” postrenacentistas que impusieron la exigencia de “llamar al pan pan y al vino vino”. Contra la uniformidad, monotonía y tecnicismo derivados de dicha exigencia reivindicó las metáforas y las parábolas como formas de expresión de la filosofía (1945: 9-17).

Reyes, quien a su vez lo definió como un “gran humanista, excelente amigo y hombre santo” (Reyes 2013: 328, 18 de diciembre de 1949). A ese cúmulo de afectos sin duda responde que el sacerdote evitara pronunciarse sobre *El deslinde* y convirtiera su contribución en una férrea defensa del autor. Entre quienes acusaron a Reyes de desarraigo nacional, de desinterés político y de traicionar las bellas letras en beneficio de la ciencia, Méndez Plancarte no encontró sino injusticia, ceguera e incomprensión. Por lo demás, sostuvo al entrar brevemente en materia, “inexactitudes graves solo encontramos en las páginas que Reyes consagra a la Teología [...] y en algunos otros rasgos dispersos en que toca también, de paso, asuntos teológico-filosóficos” (Méndez Plancarte 1945: 17). Aunque no desarrolló el argumento, remitía, eso sí, a los artículos que su hermano había publicado meses atrás en *El Universal*. En ellos Alfonso Méndez Plancarte expresó sin reservas su asombro e indignación ante la obra recién publicada, debido, explicó, a que ante sus ojos se hallaba el “primer libro de Reyes que no hemos podido leer sin fatiga” (1944: 3). Distingos y subdistingos, dibujos y redibujos, metáforas físicas y matemáticas, ejemplos menudos y alusiones recónditas, todo ello acompañado de impenetrables tecnicismos, habían desembocado en un conjunto inhospitalario y muy desorientador. Pero más graves eran los equívocos relativos a la teología, a la cual se había, no retratado, sino caricaturizado al extremo de negarle cualquier viso de racionalidad. Lejos de representar una rama del saber fundada en sentimentalismos, la ciencia de Dios ofrecía conocimiento crítico y racional, apartado de todo dogmatismo. El error de Reyes consistía, por consiguiente, en pretender observar la literatura a contraluz de un saber que, tal como él lo describía, existía únicamente en su imaginación.

Del tercer ensayo presentado en aquel simposio no salió mejor librado el escritor. En esta ocasión fue Edmundo O’Gorman, historiador mexicano de admirable sentido filosófico, a quien correspondió colocar una opinión en la balanza. Desde las coordenadas de su especialidad, el profesor señaló los errores que alcanzó a observar en los atributos asignados a la historia, según se describen en el tercer capítulo de la obra. El problema, sin embargo, atañía al tratado en su conjunto, dado que de una falsa conceptualización de lo histórico y de lo real se hacían depender las nociones cardinales de la teoría literaria: el “fingimiento” y la “ficción”, esto es, respectivamente el acto y el contenido de la operación literaria. Pero aun haciendo caso omiso de esos

desaciertos, poco podía hacerse para salvar la propuesta, desconocedora, a juicio de este severo lector, de la “complejidad estructural de la realidad”. En vista de la resistencia de lo real, rebelde ante cualquier esfuerzo de segmentación, O’Gorman sugería que “quizá los términos válidos de un deslinde no sean los propuestos por Reyes”, sino “una única pareja que, respondiendo a la estructura objetiva de la realidad, estuviera formada por la Ciencia y las Artes, y ambas concebidas como dándose en la historia” (O’Gorman 1945: 35). Nada justificaba, por lo tanto, concebir la literatura en aislamiento, ya fuera con independencia de las ciencias humanas o, peor aún, en relación con el tiempo que pasa.

Alfonso Reyes no fue insensible a las objeciones de sus críticos. Así lo muestran las misivas que envió a cada uno, en las que defendió el sentido y la viabilidad del proyecto. En esa vena, mientras que por carta a Alfonso Méndez Plancarte reivindicó el derecho a escribir un libro ideado solo para especialistas, con el lenguaje técnico que juzgara más ajustado, a Edmundo O’Gorman reprochó el haber confundido la mera secuencia de su obra con el andamiaje de un sistema. “Mi libro —explicó— está presentado bajo la apariencia de una tesis continua *propter elegantiam sermonis*. Pero el marco que lo sustenta es una mera facilidad retórica, y me asombra que el lector de calidad caiga en la trampa de querer considerar como un argumento continuo lo que es un puñado de observaciones, ordenadas nada más en fila por aseo de estilo”. Una respuesta análoga, aunque mucho más modesta y cordial, sugirió a Gabriel Méndez Plancarte, a quien confesaba: “¿Sabe usted cuál es el verdadero error de mi libro, y que cada vez veo más claro? La presentación sistemática [...] da al libro, en ocasiones, una falsa apariencia de alegato y me obliga a entrar donde no me llaman”¹⁰.

Si bien con esa correspondencia se puso punto final a la controversia, no hace falta conocer las respectivas reacciones privadas para intuir que el simposio representó, en la trayectoria vital e intelectual de los involucrados, una muy dura prueba. De más está afirmar que el problema no se reducía al

¹⁰ Respectivamente, carta de Alfonso Reyes a Alfonso Méndez Plancarte, sin fecha; carta de Alfonso Reyes a Edmundo O’Gorman, fechada el 3 de abril de 1945; y, con esta última fecha, carta de Alfonso Reyes a Gabriel Méndez Plancarte, citadas en Rangel Guerra (1989: 91-92 y 101).

espesor y a la complejidad de la obra, dado que el verdadero riesgo radicaba en poner de alguna forma en entredicho los lazos de amistad y gratitud con el autor. Aunque no pudo negarse a echar su cuarto a espadas, Gabriel Méndez Plancarte confesó a Eduardo Nicol, secretario de la revista *Filosofía y Letras*, que “me ha sido materialmente imposible escribir lo que yo quisiera acerca del libro de Don Alfonso [...]. Particularmente me desconcierta el capítulo sobre la Teología: hay en él cosas que creo enteramente equivocadas, y no quisiera herir o molestar a nuestro excelente y egregio amigo”¹¹. Por ello mismo, solo aceptó publicar su ya autocensurado artículo tras recibir garantías de que el aludido no se ofendería. Por otra parte, desde su llegada a México en 1942, Juan David García Bacca no había recibido sino atenciones de Reyes, a quien visitaba con periodicidad, ya fuera para revisar algunas traducciones o sin mayor propósito que el de conversar en grata compañía. El cariño fue sin duda *in crescendo* y así lo expresó algunos años más tarde, al afirmar a su benefactor que los españoles de México “todo se lo debemos a usted” (Reyes 2013: 145, 15 de septiembre de 1947).

Pese a los temores y reticencias, no hay evidencia de que las fricciones trascendieran el papel ni que, al menos en un principio, las críticas mermaran el buen ánimo de los contertulios. Por el contrario, todavía en enero de 1945 Reyes se congratulaba del enorme interés que despertaba la obra, patente en la concurrencia a los cursos sobre el tema, en las animadas discusiones en ambientes académicos e incluso en las ofertas de traducción, ora al inglés, ora al francés¹². Sin embargo, el ánimo celebratorio se fue poco a poco ensombreciendo, en particular conforme nuevas impugnaciones se enfilaron en distintos medios. Allende las refutaciones públicas, como las de tipo filológico que Joaquín Xirau y Patrick Romanell entregaron a la imprenta, por lo bajo se dio también rienda suelta a las burlas y a las murmuraciones, llegando

¹¹ Carta de Gabriel Méndez Plancarte a Eduardo Nicol, fechada el 18 de octubre de 1944. AHUNAM, fondo Eduardo Nicol, caja 23, expediente 155, f. 14275.

¹² Sobre el entusiasmo de Reyes y la oferta de traducir *El deslinde* al inglés, véase el informe que rindió a la Fundación Rockefeller, con fecha del 10 de diciembre de 1944. RAC, grupo 1.1, 1.2, serie 323, caja 22, expediente 178. En cuanto a la traducción al francés es posible consultar Noulet y Reyes (2008).

incluso a saberse que, de los títulos publicados en el año, el poeta Xavier Villaurrutia declaró al *Deslinde* como “el peor libro mexicano”¹³.

A medida que se acumulaban las críticas, Reyes comenzó a cuestionar el acierto de persistir en el intento. Además de posponer la idea de prestar forma y sustancia a su anunciada teoría literaria, años después decidió revisar el conjunto de la obra publicada. Sustituyó entonces el concepto de “fenomenología” con el de “fenomenografía”, en directa alusión a Porfirio Parra y con el deseo explícito de eliminar cualquier resonancia o parentesco con la perspectiva husserliana. Más aún, con el paso de los días se hizo evidente que *El deslinde*, concebido como un prometedor prolegómeno, estaba por convertirse en epílogo y despedida. Tal como él mismo asentó en “Carta a mi doble”, fechada en septiembre de 1957, el motivo de abandono radicaba en la pérdida de interés personal, la falta de tiempo y energía, y, sobre todo, el haber aun “llegado a creer, sinceramente, que le *jeu ne vaut pas la chandelle*, no sé si por el juego mismo o por los que lo ven jugar...” (Reyes 1981: 250). Dicho de otro modo, si la meta avizorada quizás no ameritara el esfuerzo, resultaba claro que sus interlocutores tampoco se habían hallado a la altura del reto.

3. A MODO DE CIERRE: UNA TRADICIÓN EN VILO

“Juntas dos cosas que no se habían juntado antes; y a veces funciona, a veces no”, escribió Julian Barnes en un pasaje de su obra (2014: 31). Que *El deslinde* figuraba entre los del segundo tipo pareció evidente a los contemporáneos de Reyes, quienes le reprocharon las imprecisiones advertidas desde sus respectivos campos de especialidad. Un empleo poco convencional del método fenomenológico suscitó, asimismo, numerosas llamadas de atención, al considerarse que en este caso el tratamiento resultaba inapropiado y

¹³ Citado en carta de Gabriel Méndez Plancarte a Eduardo Nicol, fechada el 17 de enero de 1945. AHUNAM, fondo Eduardo Nicol, caja 23, expediente 156, f. 14285. Las críticas de Xirau (1945) y Romanell (1946) se centraban, igualmente, en el incorrecto empleo y comprensión del método fenomenológico.

carente de rigor, cuando no un indicio de fallas en la interpretación¹⁴. Sobre este último aspecto vale la pena mencionar los estudios de Antonio Ziri6n, quien en a6os recientes alcanz6 conclusiones en gran medida divergentes. Al examinar la clase de pr6stamos o inspiraciones de origen netamente husserliano, no solo identific6 el papel articulador del concepto de “intenci6n”, cuyo sentido en *El deslinde* resulta afin al que se observa en *Meditaciones cartesianas*; a modo de hip6tesis tambi6n estableci6 una serie de paralelismos con los *Proleg6menos a una l6gica pura*, publicado en 1929 por la editorial Revista de Occidente y de donde Reyes parece extraer, probablemente con ayuda de Gaos, su comprensi6n de la fenomenolog6a. Con base en dichas consideraciones, sobre la inscripci6n del libro en esta corriente afirma Ziri6n:

Naturalmente, fenomenolog6a en un sentido m6s amplio, en un sentido, por ejemplo, que a Gaos le parec6a m6s que suficiente para clasificar a una obra como una fenomenolog6a, la hay en *El deslinde* a manos llenas; y si a ello le sumamos los rasgos a los que nos hemos ya referido —la voluntad te6rica, el partir de cero, el af6n descriptivo, el an6lisis “despiadadamente fenom6nico”— no podr6a haber ya ninguna vacilaci6n (2003: 221)¹⁵.

Acompa6ante del proyecto y en gran medida responsable de la orientaci6n filos6fica que caus6 tanto revuelo, Jos6 Gaos supo apreciar la excepcionalidad del momento: 6Qui6n si no Reyes, con su gran sensibilidad y ampl6sima cultura, ser6a capaz de cartografiar la literatura, no solo recorriendo el territorio hacia el centro, sino estableciendo primero la circunferencia a partir de los puntos de contacto con otros universos? De esa tan feliz como prometedor confluencia entre el hombre de letras y el hombre de ideas di6 cuenta a

¹⁴ Por ejemplo, en un art6culo comparativo entre *El deslinde* y *El arco y la lira* de Octavio Paz, Anthony Stanton afirm6 que “ninguno de los dos estudios es fenomenol6gico en un sentido riguroso. [...] Cabe se6alar que en Hispanoam6rica el primer estudio te6rico de la literatura que puede llamarse con propiedad ‘fenomenol6gico’ fue publicado a6os despu6s por un disc6pulo de Roman Ingarden, disc6pulo a su vez de Husserl”. Se trata de *La estructura de la obra literaria* de F6lix Mart6nez Bonati, dado a conocer en Chile en 1960 (1993: 375).

¹⁵ Es de destacar que en la edici6n inglesa de *La fenomenolog6a en M6xico. Historia y antolog6a*, actualmente en preparaci6n por invitaci6n de la editorial Routledge, Antonio Ziri6n eligi6 un fragmento de *El Deslinde* para integrar la secci6n de “textos cl6sicos”.

principios de los años 40, en una nota escrita a propósito de cierta novedad editorial, antecedente cercano del *Deslinde*. Tras leer con detenimiento *La crítica en la edad ateniense*, publicado en 1941, el filósofo alcanzó a percibir la suma de posibilidades que ahí se concentraba, por lo que enseguida anticipaba: “caso singularmente favorable sería aquel en que en una persona coincidiesen sin anularse, antes potenciándose mutuamente, el hombre de ciencia, y el de letras; pues bien, tal es el caso de Alfonso Reyes” (Gaos 1990: 187-188).

Resulta indudable que muchas de sus esperanzas se vieron satisfechas en cuanto tuvo entre sus manos *El deslinde*, a la vez un concentrado y un punto de fuga para la reflexión. Pero, aunque pueda lamentarse que su voz no resonara en el “symposion”, nada permite suponer que sus palabras hubieran tenido un efecto atemperante y menos aún conciliador, en la medida que las críticas estaban también dirigidas en su contra. Mal polemista, Reyes terminó por abandonar el proyecto de fundar una teoría literaria, si bien es verdad que quizás hicieron falta condiciones más propicias. Las consecuencias, no obstante, han sido duraderas, dado que desde entonces muy pocos se han detenido en una obra que, al lado de apuntes luminosos y caracterizaciones grávidas de porvenir, asumió el reto de definir lo literario desde la triple perspectiva de proceso mental, acto creador y lenguaje. Vayan, pues, como una posible exégesis del desencanto, las consideraciones de Gaos sobre la discontinuidad y la disimetría en el campo de la filosofía:

Una de las causas de que ningún español acabe publicando un verdadero libro de filosofía original [escribió] puede ser la situación histórica presente de la filosofía misma: el reconocimiento de la invalidez de esta. Una tradición orgullosa puede explicar las ilusiones de un Husserl o un Heidegger antes del reconocimiento forzoso o expreso, respectivamente, del fracaso. Sin tal tradición, nada da a los españoles la confianza requerida para lanzarse, todo les inhibe...¹⁶.

De ser ciertas sus palabras, mirar hacia atrás para encontrar nuevas líneas de apertura hacia el futuro constituye una tarea pendiente, tanto en la teoría literaria como en otros campos, para integrar logros y fracasos en tradiciones no lineales, pero siempre cargadas de sentido.

¹⁶ AJG, fondo 4, carpeta 3, f. 60904 (28 de febrero de 1954).

BIBLIOGRAFÍA

- BARNES, Julian (2014): *Levels of Life*. New York: Alfred A. Knopf.
- BERLIN, Isaiah (2016): *El erizo y el zorro* (1953). Barcelona: Península.
- DOMÍNGUEZ, Christopher (2019): “El libro maldito de Alfonso Reyes”, en *Confabulario, suplemento de El Universal* (7 de septiembre).
- ENRÍQUEZ PEREA, Alberto (notas y comp.) (2014): *Jornadas de cultura (1938-1958)*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- GAOS, José (1990): *Obras completas VI. Pensamiento de lengua española. Pensamiento español*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- GARCÍA BACCA, Juan David (1944): “El problema filosófico de la fenomenología literaria”, en *Filosofía y Letras*, vol. VIII, n.º 16 (octubre-diciembre), pp. 121-132.
- (1945): *Filosofía en metáforas y parábolas (introducción literaria a la filosofía)*. Ciudad de México: Central.
- GARCÍA MÁYNEZ, Eduardo, y NICOL, Eduardo (1944): “Nota editorial”, en *Filosofía y Letras*, vol. VIII, n.º 16 (octubre-diciembre), p. 119.
- MÉNDEZ PLANCARTE, Alfonso (1944): “‘El deslinde’ de Alfonso Reyes”, en *El Universal* (20 de noviembre), p. 3.
- MÉNDEZ PLANCARTE, Gabriel (1945), “En torno a ‘El deslinde’”, en *Filosofía y Letras*, vol. IX, n.º 17 (enero-marzo), pp. 11-20.
- NOULET, Émile, y REYES, Alfonso (2008): *Journée poétique o Historia de una traducción*. Edición, prólogo y notas de Martí Soler. Ciudad de México: El Colegio Nacional.
- O’GORMAN, Edmundo (1945): “Teoría del ‘Deslinde’ y deslinde de la teoría”, en *Filosofía y Letras*, vol. IX, n.º 17 (enero-marzo), pp. 21-36.
- ORTEGA Y GASSET, José (1999): *¿Qué es filosofía?* (1929). Madrid: Espasa-Calpe.
- RANGEL GUERRA, Alfonso (1989): *Las ideas literarias de Alfonso Reyes*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- REYES, Alfonso (1944): *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- (1981): “Carta a mi doble” (1957), en *Obras Completas XXI*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, pp. 247-350.
- (2000): “La filosofía helenística” (1959), en *Obras Completas XX*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, pp. 161-365.
- (2012): *Diario IV, 1936-1939*. Edición crítica, introducción, notas, cronología, apéndices y fichas bibliográficas de Alberto Enríquez Perea. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

- (2013): *Diario VI, 1945-1951*. Edición crítica, introducción, notas, fichas bibliográficas, cronología e índice de Víctor Díaz Arciniega. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- (2018): *Diario V, 1939-1945*. Coordinación, edición e introducción de Javier Garcadiago Dantán. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- ROMANELL, Patrick (1946): “El deslinde”, en *Philosophy and Phenomenological Research*, vol. VI, n.º 4 (junio), pp. 254-256.
- STANTON, Anthony (1993): “Octavio Paz, Alfonso Reyes y el análisis del fenómeno poético”, en *Hispanic Review*, vol. 61, n.º 3 (verano), pp. 363-378.
- VALERO PIE, Aurelia (2015): *José Gaos en México: una biografía intelectual, 1939-1969*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- XIRAU, Joaquín (1945): “El deslinde’, de Alfonso Reyes”, en *Revue de l’IFAL*, n.º 1 (30 de junio), pp. 207-208.
- ZIRIÓN, Antonio (2003): *Historia de la fenomenología en México*. Morelia: Jitanjáfora.

ARCHIVOS

- AHUNAM: Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- AJG: Archivo José Gaos, Instituto de Investigaciones Filosóficas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- RAC: Rockefeller Archive Center, Sleepy Hollow.